

Bendición Abacial de Madre María del Carmen Gordaliza OCist
Abadía de Sta. María y S. Andrés – S. Andrés de Arroyo, 22 de marzo de 2015

V Domingo de Cuaresma (B)

Lecturas: Jeremías 31,31-34; Hebreos 5,7-9; Juan 12,20-33

"¡Queremos ver a Jesús!" (Jn 12,21)

¿De dónde nace el deseo de estos Griegos convertidos al culto hebreo? Son personas que en el fondo sintentizan las dos grandes corrientes de religiosidad y sabiduría a las que Cristo ha salido al encuentro. San Pablo dirá que "los Judíos piden signos y los Griegos buscan sabiduría" (1 Cor 1,22). Pero aquí se trata de Griegos judaizantes que buscan la sabiduría y los signos de Dios al mismo tiempo, que buscan la sabiduría en la revelación de Dios al pueblo hebreo. Y son precisamente ellos los que se dirigen a los apóstoles, a los amigos de Cristo, para confiarles su deseo de ver a Jesús. Quien busca con sinceridad y verdad la sabiduría en los signos de Dios, quien llega hasta el fondo de la sabiduría filosófica griega y de las revelaciones al pueblo hebreo, misteriosamente se encuentra sintentizada toda su búsqueda en el deseo de ver a Jesús. Intuyen que en Jesús se encuentra el cumplimiento de la sabiduría griega y de la revelación judaica. El cumplimiento del hombre que busca a Dios y del Dios que busca al hombre. En Jesús convergen el deseo de Dios en el corazón del hombre y el deseo del hombre en el Corazón de Dios.

Para Jesús, escuchar la pregunta de los Griegos judaizantes es un momento decisivo. Siente en esta pregunta como la palabra de una orden que hace detonar el momento culminante de su vida y misión. Jesús estaba siempre vigilante para no perder este signo decisivo de la voluntad del Padre. Cuando María le hace ver en Caná que se había acabado el vino, Jesús respondió: "Aún no ha llegado mi hora" (Jn 2,4), porque su palabra y su misión aún no habían podido despertar la pregunta que ahora le viene de parte de los Griegos. Ahora, sin embargo, Jesús exclama rápidamente: "Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre" (Jn 12,23). Porque los Griegos representan la humanidad entera que el Padre le manda y a la que el Padre Le manda. Toda la humanidad es impulsada por el Padre hacia el Hijo; el Espíritu mueve los corazones humanos a desear a Cristo. Toda la filosofía y la religiosidad de la humanidad tiende al encuentro con Jesús. El Padre ha enviado a su propio Hijo al encuentro de este anhelo humano. Y esta cita que el Padre ha preparado desde hacía milenios, llega precisamente ahora a su cumplimiento, culmina en el encuentro de los Griegos judaizantes con el Hijo de Dios. Desde milenios el corazón del hombre arde por "ver a Jesús", y he aquí que el Rostro del Hijo de Dios aparece, se manifiesta, se puede ver, se puede contemplar. El encuentro entre el deseo del corazón del hombre y el Rostro de Dios acontece. Y esta es la hora de la gloria de Cristo: "Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre". La gloria de Cristo es el encuentro de Dios con el deseo del corazón del hombre.

Pero este encuentro, esta tarea, esta gloria, Jesús sabe que se pueden realizar y dilatar solo en el misterio pascual. La pregunta de los Griegos es para Él el signo de que ha llegado la hora de la muerte y de la resurrección, la hora de dar cumplimiento al don de su vida para que toda la humanidad pueda vivir de Él. “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24).

Jesús acoge con alegría el sacrificio de su vida para salir al encuentro del deseo de toda la humanidad, al deseo de encontrarlo de toda la humanidad. No le basta el encontrar a estos pocos Griegos: quiere encontrar a todos los hombres y mujeres, de toda raza, cultura, condición, época, religión. Por esto, Jesús añade: “Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Y Juan comenta: “Decía esto para indicar de qué muerte iba a morir” (Jn 12,32-33).

El "mucho fruto" del misterio pascual es la comunión de cada ser humano con el Hijo de Dios, y con el Padre en el amor del Espíritu.

¿Qué tiene que ver todo esto con una bendición abacial; qué tiene que ver todo esto con una abadesa, con una comunidad monástica? ¿Qué significa esto para Madre Carmen y su comunidad?

El hecho está en que la escena descrita en el Evangelio de este domingo define la vocación de todo cristiano, de todo bautizado y de toda vocación o ministerio en la Iglesia. Porque esta escena describe el encuentro de toda la humanidad con el Cristo pascual que ha venido a salvar a todos. “Ver a Jesús” significa encontrar en Él la plenitud de vida de todo ser humano, y en la Iglesia no puede haber otra tarea, otra vocación, otra misión que la de vivir personalmente este encuentro y testimoniarlo a los demás. Colaborar con la misión de Jesucristo que sale al encuentro del deseo de salvación de todo hombre es la tarea fundamental de cada cristiano. Ninguna forma de vocación y ningún ministerio particular pueden ser vividos fuera de este acontecimiento esencial. Y esto corresponde a vivir para la gloria de Cristo porque es precisamente en aquel momento cuando ha dicho Jesús: “¡Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre!”.

Esta hora, por lo tanto, puede ser cada hora, cada instante de nuestra vida, si vivimos para la gloria de Cristo, sirviendo su encuentro con el corazón sediento de cada hombre.

Entonces comprendemos que la tarea de todo cristiano se describe en este Evangelio a través del papel que asumieron aquel día Felipe y Andrés: sirvieron al encuentro entre la sed de verdad y de belleza del corazón humano y el Rostro de Cristo. Esta es la vocación y misión de la Iglesia. Esta es la vocación y misión de la Iglesia que cada vocación en la Iglesia debe encarnar siempre de nuevo. También la vocación monástica debe encarnar esta misión de servir a la gloria de Cristo favoreciendo el encuentro de todo el género humano con Jesús.

Esto acontece ante todo consagrándose a este encuentro, a esta contemplación del Rostro del Señor, de su Presencia que nos mira y nos habla. La vida monástica, tal y como san Benito y el carisma cisterciense nos piden vivir, es una vida consagrada a encontrar al Señor, a tener experiencia diaria y constante, en cada momento, relación y circunstancia, de este encuentro, dedicándonos a la oración y a la vida fraterna. Cuando esta experiencia se vive de verdad, se transmite por sí misma, es por sí misma testimonio, porque es como para una esposa enamorada el irradiar la existencia y el amor de su esposo.

¿Por qué los Griegos han pedido a Felipe poder ver a Jesús? Sencillamente porque han visto que Felipe estaba unido a Jesús, que era su discípulo y amigo, que tenía experiencia del Rostro de Cristo. Y ¿por qué Felipe se lo ha contado a Andrés? Porque sabía que la experiencia del encuentro con Jesús no es solo individual, privada, sino que es más intensa cuando la vivimos con los demás. Felipe sabía que su amistad con Andrés lo ayudaba a vivir con más intensidad la amistad con el Señor y, por lo tanto, lo ayudaba a vivir con más intensidad la misión de favorecer el encuentro de Jesús con el mundo.

Esta dinámica de la vida cristiana la encontramos en toda la Regla de San Benito. San Benito nos quiere educar precisamente para vivir así la vocación y misión de nuestra vida, de nuestra comunidad. La abadesa de un monasterio está llamada a encarnar la primera y a favorecer en sus hermanas el acontecimiento cristiano como se describe en este Evangelio. Ante todo viviendo la primera el deseo y la experiencia de “ver a Jesús”, de encontrarlo, de estar con Él, para poder transmitir a la comunidad esta experiencia de encuentro con el Señor, para favorecer en la comunidad una amistad fraterna que, como Felipe y Andrés, va siempre a Jesús, va siempre a Jesús para expresarle el deseo de su corazón y del corazón de cada hombre de poderlo contemplar y de poder encontrar en Él la plenitud de la vida.

Para vivir esto, una comunidad no necesita ser numerosa, ni ser joven, ni ser conocida y famosa. Pero, si se vive esto, una comunidad monástica vive siempre como pendiente y tensa entre el amor de Cristo y el deseo de salvación de toda la humanidad. Si vive esto, una comunidad recibe el don de un corazón dilatado para amar al mundo entero, como el Corazón misericordioso de Jesús. Y todo lo que esta comunidad es y vive, incluso la fragilidad, incluso la muerte, se convierte en una semilla fecunda de comunión. Y su fruto, el mucho fruto, es la gloria de Cristo, don del Padre, que atrae a todos a la belleza luminosa y redentora de su Rostro.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist